

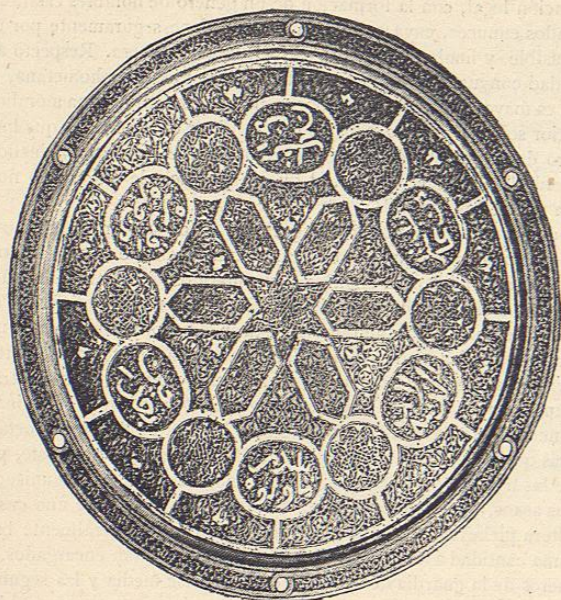
CAPÍTULO V

RELIGION Y MORAL

I

INFLUENCIA DE LA RELIGIÓN ENTRE LOS ÁRABES

Hemos ya expuesto la doctrina del Corán tal como fué enseñada trece siglos atrás por Mahoma. Pero como el Corán es la ley escrita,



Plato de cobre incrustado de plata de Damasco

y con frecuencia las prescripciones escritas se diferencian mucho del modo cómo son practicadas, su importancia no puede calcularse más que por la influencia que ejercen en la vida. Por consiguiente importa conocer los límites de esta eficacia, y no podremos alcanzarlo sino ocupándonos de detalles que hasta ahora no hemos expuesto.

Medida por la eficacia que tiene en los hombres, la religión mahometana no es inferior á ninguna otra, pues sean cuales fueren las razas donde se ha enseñado el Corán, sus prescripciones son hoy en día tan fielmente cumplidas como hace trece siglos. No niego que haya entre los musulmanes cierto número de indife-

rentes y algunos pocos escépticos, pero no hay nadie capaz de desafiar la opinión pública dejando de cumplir las prescripciones fundamentales de la ley religiosa, como el ayuno y la oración en las mezquitas. Por muy rigurosos que sean los ayunos del Ramadán, hasta comparados con los que algunos cristianos se imponen en Cuaresma, todos los musulmanes los cumplen con la más escrupulosa exactitud. Lo mismo sucede con la oración. Así es que en todas las regiones de Asia y Africa que he recorrido he visto siempre que se cumplía puntualmente aquella prescripción fundamental del Corán; y habiendo tenido lugar de navegar por el Nilo en compañía de una partida de Arabes encadenados, compuesta de individuos presos por toda suerte de crímenes, no quedé poco sorprendido de ver que esos hombres que habían desafiado, á pesar de los más terribles castigos, todas las leyes sociales, no se atrevían á faltar á las del profeta. En efecto, cuando llegaba la hora de la oración, todos levantaban sus cadenas y se prosternaban para adorar al terrible Alah (1).

Es necesario acordarse de este inmenso ascendiente de las prescripciones religiosas sobre los Orientales para comprender lo que son esos pueblos, que los Europeos llegan generalmente á conocer tan poco. La religión, cuya influencia es tan ligera en nosotros, tiene al contrario sobre ellos una eficacia preponderante; de modo que sólo por medio de ella cabe influir en su espíritu. En efecto, de la religión se sirvieron para sublevarlos en el levantamiento que poco há ensangrentó á Egipto. Nunca he compren-

(1) Esto no prueba otra cosa que el profundo fanatismo que carcome y gangrena el Oriente. El caso citado con tanta admiración por Mr. Le Bon es igual al de aquellas católicas que ejercen la profesión de meretriz y tienen de continuo una lámpara encendida á la Inmaculada Concepción ó á Santa Elena. En Italia hasta llegan á hacer celebrar misas para tener buena suerte. (N. del T.)

didó mejor hasta qué punto es difícil formarse idea de lo que es un pueblo, que al ver cómo los diarios europeos se imaginaban que los Arabes de Egipto se habían sublevado para reclamar derechos políticos; cuando en realidad los mismos sublevados no hubieran comprendido eso de los derechos. Acostumbrados á cumplir los caprichos de un Dios soberano, con la misma facilidad obedecen á sus representantes; y el hombre que les habla de Allah siempre se hará obedecer, pues la única pregunta que son capaces de hacerse se reduce á si habla de veras en nombre de Dios. Todos los observadores deben respetar esta arraigada fe, tanto si son escépticos como creyentes, pues así como antiguamente la fe permitió á los Arabes hacer la conquista del mundo, del mismo modo les ayuda ahora á sobrellevar con toda resignación las crueldades de la mala suerte. Semejantes creencias forman en las masas esas ilusiones felices que son la imagen de la dicha. Dándoles á esperar para una vida futura la felicidad que el día de hoy les niega, se les libra también de los furiosos excesos que la desesperación engendra. Aquellos que menosprecian tales ilusiones, deberían siquiera ser consecuentes desdeñándolas todas, menospreciando también la gloria, la ambición, el amor y todas esas quimeras hechiceras ó venerables que perseguimos durante nuestra vida, y que tampoco son otra cosa que ilusiones. Pero hasta ahora han sido el móvil más eficaz de la conducta del hombre, y el pensador que halle el medio de sustituirlos, no ha nacido aún.

II

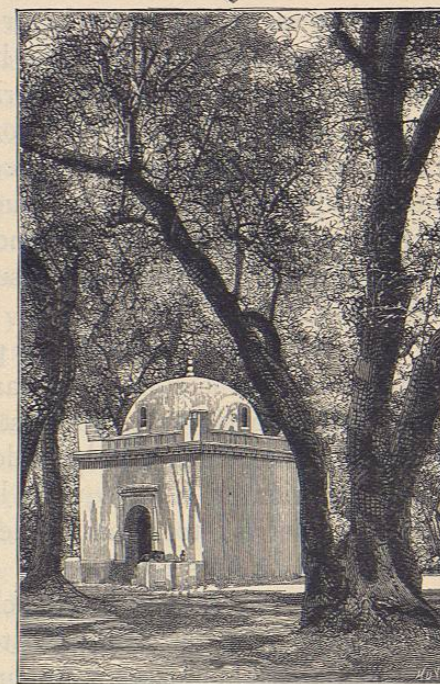
CEREMONIAS RELIGIOSAS DEL ISLAMISMO

Sectas diversas del mahometismo.—Antes de describir las principales ceremonias de la religión de los Arabes, digamos cuatro palabras acerca de sus diversas sectas, pues, como todos los cultos posibles, contiene muchas. En los primeros tiempos de la hégira había 72. Verdad es que el protestantismo cristiano contiene por sí sólo muchas más.

Las dos más antiguas, y al mismo tiempo más importantes sectas mahometanas, son la de los Chiitas y la de los Sunnitas: pretenden los primeros que la herencia religiosa de Mahoma tocaba á Alí, yerno del profeta, y le reconocen por consiguiente tanta importancia como al mismo Mahoma; pero los Sunnitas creen lo

contrario, y como sostienen que la sucesión de los califas, tal como se ha verificado, es correcta, representan al partido ortodoxo.

Además de éstas, existen otras muchas de carácter secundario; y la única que verdaderamente tiene importancia es la de los Wahabitas, que aunque no data más que de un siglo, ha llegado á fundar en el centro de Arabia un poderoso imperio. Esta secta tiene la pretensión



Tumba de un santón árabe en el bosque sagrado de Blidah (Argelia)

de restablecer en toda su pureza el islamismo, del cual es una especie de protestantismo, como el cristiano.

Los Persas pertenecen á la secta Chiita; los Turcos y Arabes á la Sunnita, y los habitantes del Nedjed á la Wahabita.

Estas diferentes ramas del mismo culto se toleran unas á otras con bastante cordialidad; pudiendo en este concepto servir de ejemplo, sobre todo en Siria, á las sectas cristianas. Jamás ha habido en el islamismo una inquisición encargada de hacer prevalecer por el hierro y el fuego á una doctrina sobre otra (1). En la mezquita El Azhar, centro de la más importante enseñanza religiosa de Oriente, los profesores, á pesar de pertenecer á diferentes sectas, viven en buena correspondencia unos con otros.

Enumeremos ahora las principales ceremonias de los Arabes.

(1) Pero ha habido reformadores que han pasado al filo de la espada á los mahometanos vencidos que no abrazaban sus doctrinas, y todavía hoy hemos visto y vemos algo de esto en el Sudán. ¡Qué olvidos tan singulares tiene Mr. Le Bon! (N. del T.)

Oraciones.—Entre las prácticas religiosas que la ley de Mahoma prescribe, la oración es una de las más importantes; y á cualquier clase ó categoría que pertenezca, el musulmán no se olvida nunca de cumplirla.

Según la regla establecida por el profeta, debe repetirse la oración cinco veces al día, en horas determinadas; y en toda la superficie del globo que tiene por ley al Corán, los muezzins recuerdan á los fieles desde lo alto de los minaretes, aquel deber sagrado. Tienen lugar estos avisos al salir la aurora, á mediodía, una hora y media antes del ocaso, al ocaso, y una hora después de haber desaparecido el sol del horizonte. A estas horas reglamentarias aparecen en todas las torres de las mezquitas los muezzins cantando con voz sonora: «Dios es grande; no hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta. Venid á orar.»

A estas voces todos los creyentes se ponen la mano en la frente y en la cintura; recitan versículos del Corán, y varias veces se prosternan de cara al suelo, á intervalos determinados. El viernes, día de reunión en las mezquitas, la oración de mediodía se reza tres cuartos de hora antes, y va seguida de un sermón.

Deben preceder á la oración las abluciones, y estas abluciones, para las cuales existe una fuente en el patio de cada mezquita, se cumplen rigurosamente.

Ayunos.—También el ayuno es una de las prescripciones fundamentales del islamismo; observándolo todas las clases de la sociedad sin excepción, y con un rigor, del cual los Europeos apenas pueden llegar á formarse una ligera idea.

Practicase este ayuno en el mes del Ramadán, el cual cae en diferentes épocas del año. El ayuno consiste en no tomar nada, ni siquiera un vaso de agua, ni siquiera el humo de un cigarrillo, desde que sale el sol hasta que se pone.

La privación de la bebida y sobre todo del tabaco es tan penosa para los musulmanes, que se les ve con el narghilé, ó el cigarrillo en una mano y un carbón encendido en la otra, esperar con impaciencia que los muezzins anuncien desde lo alto de las mezquitas que ha dado la hora de romper el ayuno; y entonces se procura compensar los rigores de la abstinencia del día con abundantes comidas; de modo que los cafés se iluminan brillantemente; los juegos y los espectáculos siguen á las comidas, y las mezquitas permanecen iluminadas toda la noche.

Fiestas religiosas.—Además del Ramadán, el islam contiene muchas fiestas religiosas, como por ejemplo la del nacimiento del profeta, la del medio mes de Shaabán, noche terrible en que se pesan y determinan los destinos del hombre; y finalmente la del sacrificio de Abraham, ó gran Beyrám, que dura cuatro días, y se celebra el último mes del año. Esta última da lugar á pomposas solemnidades, pues cada familia sacrifica un cordero ú otro animal, el pueblo se pone sus mejores vestidos, y circula por las calles, y las mezquitas están brillantemente iluminadas con globos de colores. Uno de los hechiceros espectáculos que me ha sido dable contemplar es la imponente rada de Rodas vista desde el mar una noche de la fiesta de Beyrám.

La religión de los Arabes ha penetrado de tal suerte en los detalles de la vida íntima, que aquéllos no verifican ceremonia alguna que no quepa calificar de religiosa; y así vemos que el casamiento, la circuncisión, etc., descritos en otro capítulo, son ceremonias á la vez civiles y religiosas.

Peregrinación á la Meca.—Este viaje, que cada mahometano debe procurar hacer, siquiera una vez en la vida, es una de las prescripciones más importantes de Mahoma, y una de las que ejercen más honda influencia.

La peregrinación á la Meca se verifica en grandes caravanas, las principales de las cuales salen del Cairo y de Damasco. El viaje es tan largo, que cuesta la vida á muchos peregrinos; pero á trueque de ver ese antiguo templo de la Kaaba, ya célebre en tiempo de Mahoma, y cuyo origen se remonta á los períodos más remotos de la historia, no hay fatiga ni peligro que contenga á un musulmán.

Llegados cerca de la Meca, los peregrinos se hacen afeitar, se desnudan, se purifican con abluciones, y no se ponen más que un taparrabo. Entonces dan siete vueltas alrededor de la Kaaba, besan la famosa piedra negra de que hemos hablado, van á oír los sermones al monte Arafa, cerca de la Meca, y tiran piedras á Satanás en el valle donde Abraham rechazó del mismo modo al demonio que le tentaba. La peregrinación termina degollando algunos animales. Pero los mahometanos más fervientes visitan en seguida á Medina, donde está el sepulcro del profeta.

Aquella peregrinación conduce anualmente á la Meca un gran número de mahometanos, que á veces llega á 200,000; reuniéndose allí

muchísimos que llegan de diferentes puntos del islam, desde Marruecos y el centro del Africa hasta la India y las fronteras de China; y como, según el Corán, todos los musulimes son hermanos, y según los teólogos árabes, la peregrinación se instituyó á fin de hacer efectiva aquella fraternidad, resulta que en aquella época los peregrinos no pueden menos de verse, preguntarse unos á otros por sus necesidades, y ponerse de acuerdo en las cuestiones religiosas; y las ideas y proyectos de porvenir elaborados en estas reuniones solemnes, donde bajo pena de muerte, no puede entrar un cristiano, pasan en seguida á todos los puntos del islam, al regresar los peregrinos á sus casas. Ninguna necesidad hay de insistir en la importancia política que en momentos dados pueden tener tan numerosas reuniones de hombres, llegados de tan lejos, y unidos por intereses religiosos comunes.

Además de su importancia religiosa y política, la Meca tiene también la de ser uno de los más importantes mercados del mundo, cambiándose en ella mercancías procedentes de los países más remotos.

Ceremonias practicadas por los derviches.—El ascetismo y la exaltación religiosa han penetrado en el islamismo, lo mismo que en otros cultos, dando necesariamente por resultado la formación de corporaciones religiosas, únicamente ocupadas de su salvación espiritual. Todas las religiones de fondo pesimista han hecho generalmente otro tanto, pues el Corán es casi tan pesimista como el Nuevo Testamento, una vez que también éste considera la vida terrestre como una época de prueba, que no ha de servir al hombre sino para preparar su alma para la gloria futura; de lo cual resulta que las almas timoratas y escrupulosas anhelan sustraerse á los desengaños de la existencia, ganando el cielo por medio de una vida ascética.

Entre las corporaciones religiosas más interesantes, conviene citar á los derviches aulladores y á los volteadores, cuyos nombres proceden, como ya es sabido, de las maniobras que ejecutan para ponerse en un estado de éxtasis, análogo al que se veía antes con tanta frecuencia en los conventos de frailes.

He tenido lugar de estudiar de cerca á los derviches volteadores en Constantinopla, habiéndome parecido que el estado en que caen es muy parecido á las formas del sonambulismo artificial, pues no llegan á este resultado sino dando cada uno muchísimas vueltas sobre sí

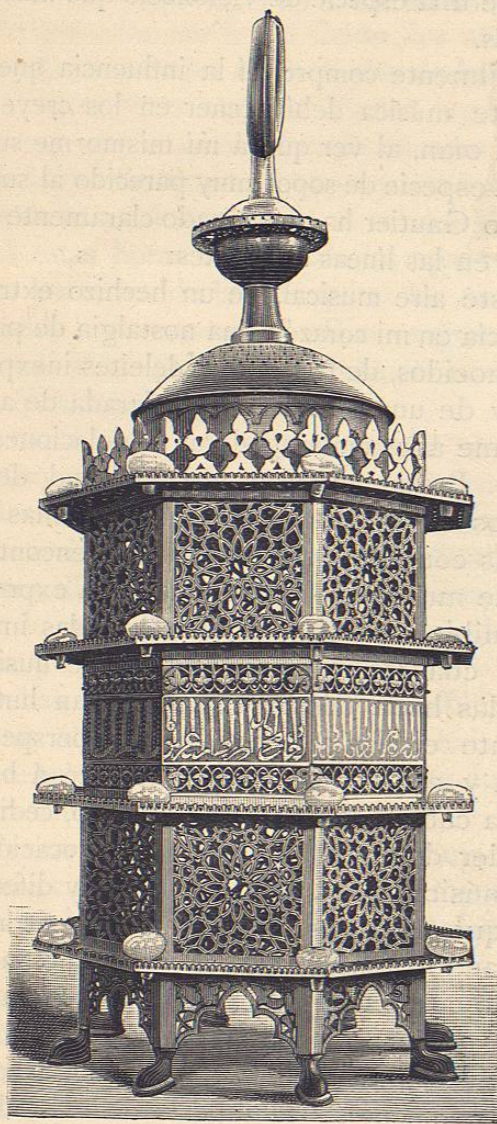
mismo. Van precedidas sus danzas de cantos, que me parece tienen una analogía sorprendente con los de nuestras iglesias; y aunque su música sea más sorda, posee más dulzura y melodía, descollando siempre el motivo agudo del flautín, que se destaca de continuo entre los redobles de los tamboriles y los ronquidos de bajo de una especie de violoncelo que marca el compás.

Fácilmente comprendí la influencia que semejante música debía tener en los creyentes que la oían, al ver que á mí mismo me sumía en una especie de sopor muy parecido al sueño. Teófilo Gautier ha consignado claramente este efecto en las líneas siguientes:

«Este aire musical, de un hechizo extraño, producía en mi corazón una nostalgia de países desconocidos, de tristezas y deleites inexplicables, y de una envidia desapoderada de abandonarme á las embriagadoras ondulaciones del ritmo. Presentábaseme una multitud de recuerdos de existencias anteriores, y unas fisonomías conocidas, que nunca había encontrado en este mundo, me sonreían con una expresión indefinible de queja y cariño; todas las imágenes y cuadros, y cierto número de ilusiones perdidas hacía tiempo, se abocetaban luminosamente en los vapores de una perspectiva lejana y azulada. Entonces comencé á balancear la cabeza de uno á otro hombro, cediendo al poder de encantamiento y de evocación de esta música, que á pesar de ser muy diferente de la que oímos, tenía un efecto tan penetrante.»

Cuando la eficacia de esta música y canto ha durado cierto tiempo, los derviches arrojan sus capas, no conservando más que sus túnicas; extienden los brazos en cruz, y ejecutan al son de los instrumentos una especie de vals, dando circularmente vueltas sobre sí mismos, y avanzando lentamente. Sus cabezas están inclinadas sobre el hombro, ó casi caídas, sus ojos casi cerrados, y sus bocas entreabiertas. Entonces no cabe dudar de que son inconscientes ó insensibles. La posición penosa de sus brazos, que una persona en estado normal no podría sostener algunos minutos, no les causa ningún embarazo aparente durante más de un cuarto de hora. Sus movimientos tienen una suavidad y regularidad notables, y me parecían desvanecerse entre sueños indefinibles, que ninguna pluma podría describir. «¿Qué veían en estas visiones que los mecían? ¿los bosques de esmeraldas con frutos de rubíes, las montañas de ámbar y mirra, los kioscos de diamantes, y las

tiendas de perlas del paraíso de Mahoma? Sus bocas risueñas sin duda recibían los besos perfumados de almizcle y de benjuí de las huríes blancas, verdes y rojas; sus ojos fijos contemplaban de seguro los esplendores de Allah, centelleando con una brillantez que hubiera oscurecido el sol, colocándolo en un cielo de luz irre-



Antigua lámpara de mezquita, de bronce

sistible; y la tierra, á la cual no estaban unidos sino por las puntas de sus pulgares, había desaparecido de su conciencia, como una teleta echada en un brasero, y flotaban perdidamente en la eternidad y el infinito, que son las dos formas de Dios.»

Cuando salen de su éxtasis, se paran, se arrojan, y salen de la sala.

No he asistido á las ceremonias de los derviches aulladores; pero según las descripciones que se han publicado, me parece evidente que éstos caen en un estado hipnótico, análogo al que produce la danza y música de los derviches anteriores. En efecto, aullando continuamente

ciertas frases, y acompañándolas con los mismos gestos, llegan á un estado de insensibilidad tan grande, que pueden, como los Aisaías, atravesarse los miembros con instrumentos punzantes sin sentir nada.

Monumentos religiosos diferentes: mezquitas, conventos, etc.—El verdadero centro de la vida árabe es la mezquita, la cual, en vez de ser, como el templo cristiano, un edificio destinado exclusivamente á adorar al Señor, sirve á la vez de punto de reunión, de adoración, de enseñanza y hasta de morada.

Hemos indicado ya el plano general de las mezquitas, las más antiguas de las cuales no discrepan de él. Compónense de un patio rectangular, cercado de galerías, uno de cuyos lados es más profundo que los tres restantes y sirve de santuario. En medio de este patio se levanta una fuente para las abluciones, y en el santuario se halla siempre el *mihrab*, nicho abierto en la pared y colocado del lado de la Meca; el *Member* ó almimbar, púlpito desde donde el predicador habla á los fieles, y junto al cual hay un atril con un Corán abierto durante el servicio religioso. Pende del techo gran número de lámparas y los muebles se reducen á esteras y tapices.

Al lado del santuario hay generalmente una sala en forma de capilla que contiene el sepulcro del fundador de la mezquita.

En los ángulos de cada mezquita se levantan siempre unas torres llamadas minaretes, desde lo alto de las cuales los voceadores llaman á los fieles á orar.

En las dependencias de las mezquitas existen frecuentemente unos baños públicos, una hospedería para los viajeros, caballerizas para las bestias, un hospital para los enfermos y una escuela (*medresé*) para los niños; lo cual produce en las mismas mezquitas la confusión de la vida civil y religiosa que tanto caracteriza á los mahometanos.

Las mezquitas están abiertas desde el amanecer hasta la última oración de la tarde, es decir, hasta unas dos horas después de ocaso.

Cada mezquita es independiente, sosteniéndose de la renta de los bienes que sus fundadores le han dejado, y que con frecuencia aumentan piadosas donaciones. Administrala un intendente con la ayuda de algunos imanes, especie de sacerdotes secundarios que muchas veces ejercen al mismo tiempo un oficio, y que están encargados de leer cotidianamente la oración á las horas canónicas. Los imanes, los

porteros, los voceadores, los aguadores, criados, etc., forman un personal bastante numeroso, hasta en las mezquitas más pequeñas.

Las mezquitas no sólo son centros de reunión y oración, lugares de albergue para el forastero, y de socorro para el enfermo, sino también centros de enseñanza. Las más pequeñas sirven de escuela para los niños, y las más

grandes son á veces verdaderas universidades, tan importantes como las de Europa. Tal es, por ejemplo, la célebre mezquita de El Azhar en el Cairo, que contiene 300 profesores y más de 10,000 alumnos, procedentes de todas las comarcas del islam. Esta mezquita constituye un centro muy importante en lo literario y religioso, por formarse en ella los personajes más



Flamero del sultán Kalaún

influyentes, como sacerdotes, sabios, magistrados, etc. Desgraciadamente la enseñanza se reduce á lo que fué al empezar la decadencia de los Arabes, y representa poco más ó menos el programa de nuestras universidades de fines de la Edad media. Además de la lectura y de la inteligencia del Corán, se enseña allí aritmética, geometría, astronomía, gramática, literatura, retórica y lógica.

La analogía de la enseñanza dada en las mezquitas con la de nuestras antiguas universidades, no se reduce tan sólo á los programas, una vez que se extiende á los métodos y á la vida del estudiante. Al recorrer la mezquita de El Azhar durante los cursos de los profesores

parecíame que un mágico me había trasladado á una de nuestras viejas universidades del siglo XIII: allí veía la misma confusión entre los estudios teológicos y los literarios; allí veía aplicar los mismos métodos; allí veía á los estudiantes, reunidos en corporación, y disfrutando de las mismas inmunidades y franquicias. En la inmensa sala que también sirve de santuario, cada catedrático está sentado en unas esteras, en medio de un círculo de discípulos vestidos de un caftán negro y de turbante blanco, con la pluma de caña en la mano para tomar notas, y el tintero colocado en la cintura.

En la mezquita de El Azhar los estudiantes más pobres son mantenidos por el mismo esta-